

al segundo. Mas á fin de que goce el hombre de su libertad sin riesgo de ninguna especie, ¿deberia perder Dios el uso de la suya? Porque no se quiera aprovechar el hombre de aquellos medios de los cuales está provisto abundantemente, ¿estará obligado Dios á cambiar sus designios? El bien del hombre, ¿será tal que deba prevalecer sobre la libertad, y estoy por añadir sobre el bien de Dios? ¡Cómo! Un hombrecillo del mundo hace ruido, se pone furioso, confunde el cielo y la tierra si alguno le turba en lo más mínimo en la posesion de su libertad, que, sin embargo, en la mayor parte de las veces, no es otra cosa que un instrumento de injusticias y desenfrenos; ¿y será justo privar á Dios, al gran Dios, de aquella libertad guiada por su sabiduría infinita, asistida por una infinita justicia, é impulsada por un infinito amor, que es, para expresarnos más propiamente, la misma justicia, la misma sabiduría y el mismo amor?

«Mas un padre no puede exponer...» Paraos. He oido más de una vez aquella estólida comparacion, y he observado la victoria que conseguir creen los impíos. Dios es Padre, sí, y lo es mucho más de lo que se figuran los que se valen de su paternidad para decir blasfemias contra El. *Nemo tam pater ut Deus*. Pero no se ha de confundir la paternidad de Dios con la del hombre, ni de la limitacion de ésta deducirse pueden los derechos de aquélla. Es padre, ciertamente, tambien el hombre, pero no es señor: sus hijos son más bien un depósito que se le ha confiado, que una propiedad, mientras que Dios es un Padre tal, que une al sér de Padre un dominio absoluto sobre sus criaturas. ¿Qué maravilla, por lo tanto, que Dios pueda permitir aquello que no puede permitir el hombre? Fuera de que, si bien el hombre es padre, su providencia es siempre escasa y finita. Dios, por el contrario, abarca con su providencia todos los efectos posibles, y por lo tanto puede reparar lo que reparar no podria el hombre. Y sobre todo el hombre, aunque padre, es siempre criatura, la cual, por razon de su mismo sér, debe procurar del mejor modo posible que no

sea ultrajado por sus hijos el honor divino, como lo es mediante la culpa, debiendo proveer además á la salvacion del hijo que corra gran riesgo. Por el contrario, Dios es un Padre tal, que, así como á nadie sujeta por dependencia, no está obligado á buscar su gloria más de una manera que de otra, pudiendo conseguirla hasta por el gravísimo desorden de la culpa, merced á su bondad omnipotente. Se podrá, pues, poner en parangon un padre terreno con el Padre celestial cuando la autoridad, la providencia, la sabiduría y los derechos de un hombre sean proporcionados á los derechos, á la sabiduría, á la providencia y á la autoridad de Dios.

II. ¿Por qué la Santa Iglesia, no sólo es perseguida, sino dominada por sus enemigos? Esta dificultad, que á tantos preocupa, nace de un concepto falso que la mayor parte se forman de la institucion que Cristo ha formado con su Iglesia. Piensan que, porque la Iglesia posee la justicia y la verdad, ha de ser honrada siempre por las gentes, lo cual es falsísimo, porque si en el cielo será libre y triunfante, aquí abajo, donde peregrina, debe tener suerte muy diversa, como su fin. Aquí abajo es la red, segun la enseñanza de Cristo, que allega todo género de peces, tanto los que se deben recoger, como los que se deben arrojar. Aquí está la reunion de las vírgenes, donde con las prudentes se hallan tambien las necias. Aquí está la era, donde con el trigo hállase tambien la zizaña y la paja. Aquí está el reino de Dios sin duda, bien que infestado de escándalos. Aquí, en una palabra, con los justos, hállanse tambien mezclados los pecadores. ¿Y por qué ha querido Dios mezcla tal de buenos y de malos? Para que los justos tuvieran ocasion de prueba, de combate, de ejercicio, y por consiguiente de corona; para que los malos fuesen compelidos á la conversion por el ejemplo; para que aquéllos se purificasen y fuesen cada vez más allá en el servicio de Dios; para que los malvados, que se apartan por su malicia de los buenos, tuviesen excitaciones á la conversion; y, si no se aprovechaban de ellas, carecieran de toda excusa, y no

podiesen atribuir á nadie, sino á sí propios, los castigos en que incurrieran. Es, por lo tanto, el tiempo presente tiempo de prueba, y la Iglesia terrenal el palenque del combate, como es la causa del conflicto la mezcla de los buenos con los malos.

Este plan de Cristo, expresado en las Sagradas Letras, y manifestado por toda la economía de la fé cristiana, es la gran llave que abre todos los secretos de la Providencia y revela todos los designios de Dios en las vicisitudes del mundo, y sobre todo de la Iglesia santa. En esta vida, oídlo del mismo Jesucristo, seréis oprimidos, y golpeados, y miéntras otros reirán y gozarán, derramareis lágrimas y sufrireis dolores. «Os envío como ovejas entre lobos; vendrá un día en el cual quien os desgarre pensará que hace un obsequio á Dios. No es el siervo más que su señor; si me han perseguido á mí, considerad si dejarán tranquilamente á mis secuaces. El hermano entregará á la muerte al hermano, y el padre al hijo; de rechazo el hijo se rebelará contra su padre, buscándole para matarle, y vosotros llegareis á ser el objeto del ódio comun por confesar mi nombre.» Si pues, por disposicion de Jesucristo, infinita sabiduría, la Iglesia peregrinante es un campo de batalla, ¿á qué fin escandalizarse porque haya luchas, y en ellas vencidos que sucumben y vencedores que triunfan? Si la Iglesia peregrinante es un agregado de lobos y de ovejas, ¿á qué fin maravillarse de que haya por una parte ovejas despedazadas, y por otra lobos que corren feroces á la matanza? Si la Iglesia es una era donde se halla con la zizaña el trigo, ¿á qué asombrarse de que exista en ella el aventador que agita la una y el otro? Si es prueba, en una palabra, si es preparacion, ¿cómo no quereis que haya ejercicios y fatigas? En esto consiste el grande error de ciertos cristianos; considerarse ya en el término cuando sólo están en el camino, y querer, por consiguiente, gozar reposo y descanso, y hasta regocijos y alegrías, siendo así que han de sufrir, por el contrario, fatigas, penas, luchas é incomodidades, para despues llegar á la meta deseada.

«Mas ¿á qué fin (alguno preguntará) un órden de cosas tan duro y tan grave?» ¿Por qué? Para tranquilizar nuestra razon, ¿no es bastante la infinita sabiduría de Dios, que lo ha establecido así? ¿No es bastante su autoridad superior para demostrarnos que tenia derecho? ¿No es bastante su justicia infinita para desvanecer hasta la sombra de duda sobre la rectitud de tal disposicion? ¿Quereis aún razones? Pues bien: aquí van éstas, más claras que la luz del sol.

La gloria de Cristo lo pide, y lo pide tambien nuestro bien. ¿La gloria de Jesucristo? ¿Y qué gloria puede recibir Jesucristo de que sus siervos sean maltratados, perseguidos, y como si El no pudiese defenderlos, de que sean escarnecidos, vilipendiados, objeto de irrision, considerados casi, en fin, como la hez de los hombres? ¿Qué gloria del triunfo de los malos y del atrevimiento con que hacen cada dia mayores fechorías? ¿Qué gloria? La más pura y la más selecta que se puede dar á Dios sobre la tierra. ¿Dónde verdaderamente triunfa más la caridad de los fieles que todo lo sacrifican por Jesus, sino en las tribulaciones que otros sufren por El? Miéntras la Iglesia es honrada; miéntras los sacerdotes son respetados; miéntras se puede seguir á Jesucristo sin riesgo de los bienes adquiridos, sin sacrificio del honor propio, sin detrimento de las comodidades, de la prosperidad y de la vida, no es gran cosa que muchos se mantengan fieles. No se sabe si eso sucede porque les resulta provecho, ó porque aman á Jesus sobre todas las cosas; pero dejad que comience á desencadenarse la tormenta; que la profesion de Cristo obligue á sufrir deshombres, persecuciones, destierros, cárceles y golpes; que por fidelidad á Jesucristo deba renunciarse á ganancias, á empleos, á honorarios; que se corra peligro de perder, no sólo los intereses, sino hasta la vida, y entónces aparecerá con toda su fuerza la caridad que liga los fieles con Cristo, el cual recibirá entónces el honor y la gloria que se le deben. Hé aquí por qué es gloria de Jesucristo que sus secuaces sean humillados, deprimidos, atormentados,

afligidos, y que sepan en tan duro trance conservarse humildes, mansos, amantes de Dios, intrépidos. Son gloria de Cristo aquellos sacerdotes vejados continuamente, pero firmes, sin embargo, é inmóviles en sus propósitos. Son gloria de Jesucristo aquellas palomas asaltadas en sus pacíficos retiros, desposeídas y dejadas consumir de hambre, fieles siempre, con todo, á su torre de seguridad. Son gloria de Cristo aquellos religiosos desterrados á las cinco partes del mundo, que ahora no encuentran un techo bajo el cual acogerse, y llevan encima toda la infamia de la Cruz. Son gloria de Cristo aquellas familias un tiempo llenas de bienes y de comodidades, ahora desterradas y fugitivas por no violar las leyes de Jesucristo. Son gloria de Cristo aquellos venerables Obispos lanzados de sus Sedes y retenidos en las cárceles por el único delito de una inquebrantable fidelidad á Jesus. Es gloria de Jesucristo el espectáculo de un Sumo Pontífice que, entregado por sus amigos, combatido por sus adversarios, despojado, escarnecido y calumniado de todas maneras, aseméjase á una roca inmóvil á todos los vientos, y á un arrecife que no pueden destruir nunca las olas. Es gloria de Cristo que cuanto tienen de más corrompido las sociedades secretas, de más hediondo los burdeles, de más brutal la fuerza y de más astuto la perfidia, se arroje todo furibundo contra la Iglesia de Jesucristo; y que ésta, durante aún, muestre á todos cumplida la promesa solemne de que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y esta gloria es tan espléndida, que el protestante, al verla, exclama: «Aquí está el dedo de Dios;» se desanima, y acercarse procura á su Criador; el cismático se conmueve, y pide reanudar aquellos vínculos de amor que desventuradamente ha roto; y el mismo incrédulo se ve compelido á reconocer que no es, por consiguiente, un mito aquella Iglesia que así vive y obra, recogiendo de este modo los primeros rayos de la verdad en su propio corazón.

Por lo cual resulta evidente que á la gloria de Jesucristo va unida también nuestra utilidad; por-

que allí donde ménos se aguardaba, se presenta la luz de la verdad á muchos que andaban miseramente perdidos. Empero, ninguno crea que sólo los que están fuera de la Iglesia recogen el fruto, porque lo recogen sobre todo los fieles que sufren las persecuciones. ¿Y cómo esto? Lo diré en pocas palabras. La Iglesia es santa ciertamente, y con una santidad que no puede venir á ménos, porque estriba primeramente en la de su cabeza, de su fé, de su ley; y en segundo lugar, porque también florecen en ella insignes Santos, en los cuales consérvase la pureza de las costumbres. Ahora bien: este lustre extrínseco de santidad es el que vendría precisamente á eclipsarse y á perderse del todo, si la paz y la tranquilidad duráran entre nosotros mucho tiempo. ¡Condición infelicitísima ciertamente, pero inevitable, supuesta la fragilidad del corazón humano! La paz, el reposo, la seguridad debilitan el ánimo, quebrantan el corazón y lo disponen á todo género de vicios: con ellas el lujo, la intemperancia, la afeminación, la sed de ganancias y la disolución corrompen todas las virtudes y dañan las buenas costumbres. Como, por otra parte, las pasiones no dicen nunca *basta*, si la paz larguísima las deja sin freno de ninguna especie, desatendida la educación y llevados en triunfo los escándalos, pasa el vicio en las generaciones sucesivas á ser perpétuo, victorioso, irreparable, con daño gravísimo de los fieles, y con detrimento extraordinario de la fé. ¿Qué hace Dios entónces? Su piísima misericordia deja que sople el viento de la persecucion, y que agite aquella atmósfera corrompida que á las almas envenena. Y hé aquí que por aquel soplo gallardo se despierta la vigilancia de los ministros de Dios, y los pecadores se aterran, y los buenos se enfervorizan; separándose la zizaña del grano, se limpia la era de Jesucristo. Entónces el Agricultor celestial, volviendo á regar el campo con su gracia, y echando en él nueva semilla, lo dispone para que produzca una mies más selecta. Entrelazando así la tempestad con el reposo, la sementera con la siega, ó, en otros términos, los días prósperos con

los adversos, impide que la santidad venga á ménos en su Iglesia (1).

«¡Cuántos, empero, en medio de la persecucion, exclamareis vosotros, llegan á perderse miserablemente! Sí; muchos se pierden, por desgracia, miserablemente: mas ¿estais bien seguros de que aquellos que se pierden en la persecucion, sin ella hubiéranse salvado? ¡Ah! No creais, dice San Cipriano, que los verdaderamente buenos salgan de la Iglesia con tanta facilidad. El viento no se lleva el grano, sino la paja; no echa por tierra los árboles de raíces muy profundas, sino los que no las tienen.» «Las herejías, dice Tertuliano, tienen mucho vigor para los que son débiles en la fé, y lo mismo puede decirse de todo linaje de errores.» Y por si vosotros ¡oh lectores! quereis aceptar mi testimonio, os aseguro con toda sinceridad que habiendo visto algo de cerca á no pocos de los que en la persecucion de nuestros dias han declarado guerra al Romano Pontífice, ó han caído en el lazo de los protestantes, puedo aseguraros que no eran lo más escogido que tenia la Iglesia católica. Artesanos enemigos de toda ocupacion honrada, ávidos solamente de tabernas y de comidas suculentas; mujeres frívolas, podridas en los vicios, y cargadas, como diria el Apóstol, de toda clase de culpas: *mulierculas oneratas peccatis*; juventud insustancial y perdida en torpezas, que hacía mucho tiempo odiaba secretamente la fé, porque habia jurado enemistad á la ley; hombres que en apariencia eran graves y honrados, pero que de hecho eran sepulcros blanqueados, los cuales detestaban ya las creencias que no les producian más que amarguras y remordimientos; damas perdidas en el lujo y en las vanidades, que mantenian enredos pecaminosos, y que servianse sólo de la Religion como de manto para cubrir sus liviandades. He visto, en una palabra, lo

(1) Quien desee ver esta verdad ampliamente demostrada, lea en la *Lógica*, de Muzzarelli, el opúsculo sobre las tribulaciones de la Iglesia, del cual he sacado casi literalmente la solucion de la mencionada dificultad.

que decia San Agustin, ó sea que se forman los herejes y los incrédulos de los que, aunque hubiesen permanecido en la Iglesia, hubieran profesado el error. Hé aquí por qué, si debemos llorarlos como desventuradamente perdidos, no podíamos primeramente consolarnos mucho con la esperanza de que se salvarian.

Atrévome, por el contrario, á decir que muchos que sin la persecucion se hubiesen perdido, gracias á ella consiguen salvarse. Y esto de la siguiente manera. Hasta que no suena la hora de la tribulacion, los buenos están confundidos con los malos, y juntamente con los verdaderos cristianos hay muchos que sólo tienen la apariencia. Porque el resp. to humano, la hipocresía, las ventajas temporales de la piedad, hacen que no pocos disimulen y se muestren muy diferentes de lo que son, por lo cual no hay manera de guardarse de ellos. Mas dejad que sople un poco el viento de la persecucion, y aparecen pronto con toda su verdadera deformidad. Maravillanse despues algunos de aquellas caídas, y preguntan con Tertuliano: «¡Oh! ¿Cómo á aquellos y aquellas tan prudentes y fieles á la Iglesia se han pasado al enemigo?» *Quare ille vel illa fidelissimi, prudentissimi in Ecclesia, in illam partem transierunt?* Mas habeis de saber que no eran ni prudentes ni fieles. Eran de aquellos cristianos que tienen el corazón sumergido por completo en la tierra, y restringen todas las bendiciones de Dios á un poco de felicidad temporal; de aquellos que se lamentan de las persecuciones de la Iglesia, no por celo de la fé, sino porque temen perder los puestos, los bienes y los honores; de aquellos que nada entienden del misterio de la Cruz, del valor de las tribulaciones, del *ibant gaudentes à conspectu Concilii* de los Apóstoles. Amaban á la Iglesia porque habia rentas; amaban la paz porque les dejaba gozar tranquilamente; detestaban á los enemigos de Dios, no por sus ofensas á la Majestad divina, sino por el daño particular que podian producirles. Hé aquí los cristianos de los cuales salen aquellos que pasan á engrosar las filas

de sus adversarios, donde creen poder conseguir mayores ventajas temporales; pero hé aquí también á la Iglesia, que se queda aliviada de su peso y libre de sus insidias. «Así como un cuerpo recobra sus fuerzas, dice San Agustín, cuando echa los malos humores que lo dañan, así recobra las suyas el cuerpo de la Iglesia cuando salen los malos de su seno.»

Por el contrario, ¡cuántas utilidades consiguen los buenos! Si hay aún en éstos alguna escoria de afecto poco puro, el fuego de las tribulaciones la consume. Dejan de amar excesivamente aquellos bienes cuya inutilidad alcanzan, y que corren peligro de perder. El temor de faltar á la fé, que ven combatida, los une más estrechamente á la Iglesia; el conocimiento de la propia debilidad los lleva más solícitos á la oracion, y el temor de no salvarse á sí propios los hace más cautos. Se refuerza en ellos la fé, se reanima la esperanza, se aviva la caridad; desconfían más de sí mismos, confían más en Dios, y con el temor divino todas las restantes virtudes, que quizás estaban adormecidas, se excitan y toman nuevo vigor. Los justos, por otra parte, los santos, los perfectos (nuncan faltan en la Iglesia de Dios), resplandecen con toda su luz, y corren de virtud en virtud, de perfeccion en perfeccion. Entónces la Iglesia tiene muchos que, como Pablo, se alegran entre las cadenas; que, como Andrés, suspiran por el martirio; que, como Inés y Cecilia, anhelan las hogueras; entónces la Iglesia tiene sus Atanasios que viven en los sepulcros, sus Crisóstomos que marchan al destierro, sus Jerónimos y Agustines que anatematizan el error é ilustran la verdad. Surgen entónces aquellos hombres que son un espectáculo para los ángeles y el mundo, á cuya vista se temple el valor cristiano, y por cuyas virtudes toda la Iglesia de Cristo queda embellecida y adornada. Llega despues la hora, que se puede diferir, pero que no puede faltar, del triunfo, y la Iglesia recoge triunfantes á sus campeones, y enjuga sus lágrimas, y besa sus cadenas, y muéstralas llena de júbilo á sus hijos, que se consuelan así, y

se hacen cada vez más virtuosos. Aumenta además el triunfo de los buenos, y hasta se logra la conversion de muchos que habian prevaricado. Alejados de la Iglesia, y fuera de la verdad, llevaban el corazon traspasado y lacerada la conciencia: ahora, con lágrimas sinceras de arrepentimiento, vuelven á entrar en el redil que habian abandonado, y sirven de mucha mayor edificacion para los fieles, por lo mismo que los habian escandalizado ántes de una manera extraordinaria. Hé aquí algunas de las innumerables razones por las cuales Dios permite á su Iglesia aquellos sufrimientos que tanto perturban á los buenos y escandalizan á los malos.

manado que se atribuya á los malos; porque, conociendo la existencia de Dios, todos se persuaden de que no se le puede negar algun culto. Por el contrario, son demasiado los que le miran el que debe dársele. Para que pudieran desobedecer á Dios á mansarva, han dado crédito á ciertos axiomas, los cuales, admitidos una vez como verdaderos, producen muy pesados resultados. Comencemos por el principal. Todas las religiones son buenas, dicen: ¿qué fin se busca en tantas investigaciones? ¿en tantas disputas sobre ellas? Sólo los interesados desconfían esta gran verdad, y aspiran á que los demás sepan en modo de ver.

Dichos répellen estos sencillos principios con tanta frecuencia, y privan á personas de tal inclinacion, que sea un milagro que comprendan las gravísimas injurias que encierran. Examinemos los motivos un poco.

I. Todas las religiones son buenas. — Esta posicion encierra el peligro para cometer el error por bello que puede perpetrarse sobre la tierra. Porque ¿qué cosa quiere significar? Que en el punto de superioridad, cualquier secta de idolatría, cualquier error en el cual pueda caer un hombre respecto de la Divinidad, es tan bueno que puede ser el de su grado más puro que á la misma se paga. Son tan bien religiones hasta las de los judíos, de los mahometanos, de los brachmanes, de los romanos, de los pueblos de Sandwich, los cuales venían de